

soldados á los curas, era que le daba por la milicia, y que sería con el tiempo un Espartero, un Narváez, un O'Donnell; pero si se prendaba del aparato religioso, de los altarcillos con floreros de colorines, las lámparas, las custodias, los oficiantes revestidos de sus casullas y capas pluviales..., entonces, no había que dudar: al seminario con él, y á echarle encima las órdenes, á tonsurarle aquella cabeza santa. ¡A cuántos errores se prestaba este sencillo modo de discurrir! Conocí yo un zagalón que se moría por cantar misa... ante un altar de plomo. Se hacía albas, estolas y hasta mitras con papel blanco y dorado y con papel floreado del de vestir paredes; siempre andaba mascullando latines, y se le regalaba el objeto más apetecido con ocho cuartos que se derrochaban en una rizada candelica de cera. La familia supuso que tenía allí á un obispo en ciernes. Y lo que tuvo fué una especie de mismísimo enemigo malo, que á los veinte años había roto más cabezas y burlado más mozas y alborotado más garitos que ningún empedernido y viejo calvatuero de los que dejan memoria. ¡Fallaron los Santos Sacramentos y las lámparas y los candeleros y los presbíteros de plomo con toques de bermellón y cobalto!

* *

Hoy, ensanchada en esto como en todo — digase lo que se quiera — la vida humana, los juguetes abarcan sus perspectivas múltiples, de ciencia, de arte, de sociabilidad, de industria, hasta de poesía y leyenda. Siendo yo niña me regalaron una locomotora atiborrada de dulces. Aún no se había familiarizado con las locomotoras el buen público español, y la mía fué envidia y admiración de cuantos chicos la contemplaron. Hoy las locomotoras son una antigalla: llenos están los bazares y las tiendas de toda clase de juguetes científicos, aplicaciones del vapor, de la electricidad, y autómatas preciosos, que tocan el violín y la guitarra, hablan, lloran, cantan, fuman y hasta creo que escupen por el colmillo...

* *

Es justo añadir que también, al perfeccionarse la calidad de los juguetes, ha abaratado su precio. Ha abaratado — entendámonos — relativamente; un juguete más bonito é ingenioso cuesta menos que antaño un juguete imperfecto y ordinario. Ciertas nociones de arte se han abierto camino hasta en la construcción de los juguetes populares é ínfimos, y la misma higiene ha impuesto sus respetables leyes, proscribiendo los tintes venenosos y las pinturas que irritan los tejidos. El niño pequeño propende á llevar á la boca lo que le agrada, y los soldaditos de plomo, los al parecer ñoños y beatíficos soldaditos de Eguílaz, solían ocasionar más de un cólico saturnino á las criaturas. Cada día se atiende mejor á evitar esta clase de riesgos. Los juguetes se hacen baratos, inofensivos y lindos, en cuanto cabe, dentro de los precios ya accesibles á las más modestas bolsas. Su acción sobre la niñez tiene, pues, que ser más beneficiosa que la de aquellos otros juguetes groseros y sin variedad ni gusto, único recurso de la niñez hasta el último tercio del pasado siglo.

* *

Demostración brillante de lo que acabo de estampar es la Exposición de muñecas en el salón del popular y artístico semanario *Blanco y Negro*. Esta publicación, que siempre está en el movimiento, como hoy incorrectamente se dice, consagra, incesantemente, en las fiestas de Navidad, gran atención á la chiquillería; hace distribuciones de juguetes y aguilaldos, y sobre todo excita, entre las señoras, el prurito de acordarse de los pobres durante la estación más fría y en el momento más crítico del año. La labor de *Blanco y Negro*, en este sentido, demuestra lo fácil que es, para todo el que puede sumar fuerzas, hacer obra social. Los elementos existen, y sólo se necesita que alguien, con inteligencia y actividad, los agite y los beneficie. La tarea de *Blanco y Negro*, tan meritoria, ha sido relativamente fácil: la población de Madrid ha concurrido, satisfecha y dadivosa, prestando su adhesión á la idea apenas manifestada.

Si mal no recuerdo, el primer año *Blanco y Negro* pidió sencillamente juguetes para los niños pobres; y llovieron juguetes, variados y abundantes, en las oficinas del periódico. El segundo año pidió dinero para invertirlo en juguetes mejor comprados y más homogéneos que los que el público remite al azar; y

dinero hubo también, y se repartieron á granel juguetes preciosos, haciendo la felicidad de infinitas criaturas: la distribución fué una escena encantadora y original. — El año presente es otra idea la que inspira las iniciativas de *Blanco y Negro*: ha solicitado muñecas vestidas, y las muñecas vestidas han afluído en número suficiente para organizar la atractiva Exposición que estos días lleva al palacio de la calle de Serrano á todo Madrid; — pero no, ¡ay!, en cantidad bastante para permitir una distribución que no se limite á labrar la dicha de unos cuantos escogidos...

* *

En efecto, la muñeca vestida por las propias manos de la señorita ó de la señora es necesariamente un juguete de lujo. Nadie adquiere, para vestirla — y acaso el no hacerlo sea un error; — pero en fin, repito que nadie adquiere con tal objeto una *pepóna* de cartón: la muñeca fina, articulada, que habla y duerme, supone ya un regular desembolso. A proporción de la muñeca, el traje: terciopelos, sedas, encajes, bordados, hasta joyas; la vanidad y el amor propio se interesan, la competencia se establece, y la calidad de lo enviado perjudica á la cantidad.

El problema ha sido resuelto por *Blanco y Negro* determinando subastar las ricas y elegantes muñecas, y adquirir tantas muñecas de á duro como duros produzca la licitación. Esperamos con interés el resultado, porque también ofrece sus dificultades esto de la subasta. Es un nuevo llamamiento al público; sin embargo, yo confío en él; las subastas le atraen. He tenido, no hace mucho, ocasión de comprobarlo. Habiendo organizado en el balneario de la Tosa una rifa para los pobres del Hospitalillo — una de las miserias más visibles y más patentes del mundo, — me quedaron bastantes papeletas, y un bañista se ofreció á subastarlas. No fiaba yo mucho en el resultado de la subasta de semejante artículo, y fué incalculable mi sorpresa al ver que los mismos bañistas que media hora antes no querían las papeletas á o'50, las pujaban ahora desesperadamente, llegando á ofrecer por las últimas la fabulosa cantidad de cinco pesetas.

* *

¡Por eso espero que las muñecas de la Exposición van á subir á las nubes! Al abrirse la Exposición ya ofrecieron por una — muy grande y muy maja, eso sí — nada menos que 500 pesetas. Y era el primer día, y no habían empezado las pujas, en que tanto se interesa el amor propio.

¡Lástima no ser niño! Era un espectáculo que debía de tener algo de magia para las criaturas agolpadas en el salón del periódico, el de aquellas hileras de muñecas espléndidamente trajeadas é iluminadas por la luz eléctrica, que hace brillar el raso, el orpel y las lentejuelas con fulgores de apoteosis. Hay muñecas de todos colores — blancas, mulatas y negras, — de todas las nacionalidades y razas — rusas, gitanas, españolas, turcas, francesas y especialmente del país de los sueños — y de todas las clases sociales, pero en general de las más altas: princesas, sultanas, damas preparadas para el baile, con su cola y sus gasas que las envuelven en un remolino vaporoso. Hay novias con virginal atavío, cubiertas por blancas sedas y tules y azahares; hay damiselas modernistas que tienen la exótica elegancia de un figurín del *Chic* ó de *L'Ari*; hay majas arrogantes, chulas picarescas, toreros hechos un ascua de oro, bebés en sus cunitas, rodeados de las puntillas y las batistas de su canastilla opulenta; hay charras, gallegas, catalanas, valencianas, con pintorescos atavíos regionales; hay *Selikas* y *Walkyrias*; hay monjas y encapezados de las procesiones de Semana Santa en Sevilla; hay *blancas* y *negras*; hay, en fin, cuanto se puede discurrir pensando el entendimiento para conseguir vestir una muñeca de un modo original y nuevo — cosa no muy fácil, cada día más difícil...

* *

¡Ojalá que la subasta produzca muchos duros! Yo confieso que si fuese la organizadora, las muñecas de á duro todavía me parecerían caras para los niños pobres. El caso es hacer feliz al mayor número de desheredados, prodigar la bendición de Dios de la alegría sobre el mayor número de cabezas. Los chicos de las clases trabajadoras no piden gollerías.

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

JUGUETES

«Amigos míos, contemos cuentos: mientras contamos, se acaba el cuento de la vida,» decía Diderot; y recordando su frase á la vez acerba y risueña, podríamos exclamar hoy nosotros: «Juguemos; que bien mirado, todo es juguete en el mundo.» La afición á los juguetes se desarrrolla en proporciones ya extraordinarias, y los grandes hacen competencia á los chicos, por el gusto y empeño con que toman las cuestiones de amena juguetería.

* *

En otro tiempo — de España hablo — el juguete era casi una rareza, un privilegio exclusivo de los niños pudientes y felices, halagados por su familia con refinamientos de cariño mimoso. Y todavía, cuando se daban estas circunstancias y la familia se esmeraba en regalar á un pequeñuelo, difícilmente hallaba en las mal surtidas tiendas algo que llevase el sello de la originalidad y de la gracia. En la capital empezaban los *Alemanes* á importar la caprichosa é ingeniosa juguetería de su país; pero en provincias imperaban aún, con exclusivo imperio, tres artículos: la muñeca rígida de loza y trapo, el soldado de plomo, el caballo de cartón. Fuera de estos chirimbolos clásicos y de algún que otro estrepitoso instrumento de Navidad, apenas había cosa que pudiese tentar y alegrar á un chiquillo.

Por la influencia de la Navidad empezó verdaderamente la juguetería á manifestarse en el terreno estético. Desde el siglo XVIII, los *Nacimientos* destinados á Palacio, al recreo y solaz de los infantes de España, fueron obras de arte, modeladas y esculpidas en barro ó madera por artistas de nombradía. Algunos de estos *Belenes* pueden admirarse aún en los Museos.

Pero estaba vinculado á las altas clases, en las familias muy poderosas, el recreo artístico y pueril. Los juguetes de los demás niños eran informes, candorosamente bárbaros. Recuerdo aquellas figurillas de plomo con que se entretenían los muchachos y veo en ellas un símbolo perfecto, una representación acabada de la nación tal cual la concebían nuestros padres. Los juguetes de plomo se dividían en *militares* y *eclesiásticos*. Los *soldaditos*, como nadie ignora si ha asistido á alguna representación del baboso drama de Eguílaz, eran la delicia de los chicos. Ordenándolos y desordenándolos, remedaban las batallas, repetían en juego lo que los mayores realizaban en todo su horror, ensangrentando la península. Había cañones, de plomo también, que no disparaban; ¡benditos ellos que no eran capaces de sembrar el estrago y la muerte! Y servían los juguetillos de plomo para conocer la vocación de los muchachos: eran un barómetro infalible: si el niño prefería los